

LA MODA IBICENCA

Una vez más, la izquierda muestra ciertos resabios de un apolillado anticlericalismo y la Iglesia la propensión secular a guardarse el dinero bien metido en sus bolsillos. La cosa viene ya desde antiguo. Los progresistas decimonónicos – los conservadores actuales - necesitaban amputar del cuerpo social las “manos muertas”, darles vida para amasar con sus diez dedos una clase media y financiar así los cañones y las bombas contra los chicarrones del norte con las boinas rojas. Fracasaron. La corrupción -vicio inveterado en nuestra política- no logró sino aumentar las arcas de la oligarquía caciquil. Hoy no se aspira ya a renovar las desamortizaciones antiguas, sino - ¡qué menos! - cobrar un impuesto de bienes inmuebles igual para todos. La justicia – indica la izquierda - exige la igualdad. Que todos paguen, incluida – sobre todo, claro- la Iglesia católica. Volterianos hodiernos vuelven a revolotear como abejorros recalcitrantes sobre la miel añeja. Los viejos republicanos, y nuevos publicanos del erario municipal, quieren recaudar todavía más para gastar, o quizás malgastar, más en la ciudades: parques menos sucios, autobuses más frecuentes, comedores sociales con más bocadillos, etc. Solamente aquellos edificios de la Iglesia sin “ánimo de lucro” quedan exentos de esta anunciada, con trompetas y clarines, contribución urbana para casi todos los gustos. En este caso se encuentran los templos religiosos – no así las catedrales deportivas - y las iglesias parroquiales. Orar es gratuito. Los ediles van a tener algún quebradero de cabeza cuando la casa del párroco esté justo encima de la capilla y el cura pague un alquiler a la Iglesia. ¿Se trata de un auto-donativo? ¿Una ganancia eclesiástica? El culto no paga el impuesto de marras, pero paga la luz, el agua bendita – muy poca, por cierto- y la cera santurrona y lacrimosa de las velas, cirios y velones. Y, además, el sacristán, que para eso están. Esto sin hablar nada del “tan-tan” de las campanas de bronce, cuyo badajo es más caro que las chilabas del almuecín sobre los minaretes. Una manera de sufragar estas necesidades básicas para

el culto y la liturgia es cultivar el mismo espíritu empresarial de quienes sí trabajan con un verdadero “ánimo de lucro”. Ganar, para luego dar. Obtener, para entregar. Aquello que con una mano se recibe, que se entere bien la otra. O sea, que no se queden el obispo y el deán con el óbolo que va a las hermanitas de la caridad. La solidaridad, bien entendida, comienza por la misma casa. Tal vez podría pensarse que los gastos de los templos y las iglesias no deberían ser pagados con los beneficios comerciales de los bienes eclesiásticos “con ánimo de lucro”, sino con los donativos de los buenos feligreses. Pero, en materia de generosidad, la mitad de la mitad. Y no quiero decir con ello que no haya personas que echen en el cepillo billetes de cincuenta en vez de monedas de cincuenta céntimos. Después de todo, cada cual ofrece lo que puede dar y, católicos buenos, los hay a pares y a nones. Muchos incluso, al confesarse con Hacienda, marcarían la casilla de “Ayuda a la Iglesia” sin atender siquiera ni prestar oídos a la advertencia final del anuncio: “y no te costará nada”. Según parece, los pastores no tienen demasiada fe en sus fieles y conocen demasiado bien el percal y la magnanimidad de su rebaño. Por eso, guardan la bolsa.

24 de junio 2018
Pablo Galindo Arlés